Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

27 **Borges y la Libertadora**



Suplemento especial de
Página/12

"LA FIESTA DEL MONSTRUO"

Hay un cuento (poco conocido y nunca acabadamente estudiado) que Borges y Bioy escriben o, al menos, fechan en noviembre de 1947. Como sea, lo habrán escrito durante esos días, días en que gobernaba Perón y ellos se erizaban de odio ante el espectáculo desaforado del populismo. ("Este relato –dirá años después Bioy a Matilde Sánchez– está escrito con un tremendo odio. Estábamos llenos de odio durante el peronismo", *Clarín*, 17/11/1988.) Rodríguez Monegal ofrece algunos datos más: "Uno de los textos clandestinos de Borges fue escrito en colaboración con Adolfo Bioy Casares y sólo circuló en manuscrito durante el primer gobierno de Perón. Pertenece a la serie de relatos atribuidos a H. Bustos Domecq, pero a diferencia de la mayoría de aquéllos, éste es radicalmente político, lo que explica que haya sido publicado (por mí, en Montevideo y en el semanario *Marcha*) después de la caída de Perón" (*Ficcionario, Antología de textos de Borges*, FCE, p. 458).

El cuento es "La fiesta del Monstruo" y está encabezado por una estrofa del poeta unitario Hilario Ascasubi. El poema de Ascasubi se llama "La refalosa" y narra, por medio de un mazorquero, el martirio y degüello de un unitario. La estrofa que utilizan Borges-Bioy dice: "Aquí empieza su aflición". Ya Echeverría, en *El matadero*, había descrito los horrores del degüello federal: "Tiene buen pescuezo para el violín. Mejor es la resbalosa". Hay, así, una trilogía: *El matadero* (Echeverría), "La refalosa" (Ascasubi), "La fiesta del Monstruo" (Borges-Bioy). "La fiesta..." toma el naturalismo brutal de Echeverría y recurre a la narración en primera persona de "La refalosa". Tanto en Ascasubi como en Borges-Bioy quienes narran son los bárbaros: un mazorquero en Ascasubi, un "muchacho peronista" en Borges-Bioy.

Así como en un texto anterior (*Conjeturas de Borges*) expuse la delicada y profunda concepción de la barbarie que Borges explicita en el "Poema conjetural", corresponderá aquí la visión cruel, unidimensional, sobrepolitizada que, junto con Bioy, presenta del Otro, del "bárbaro", en "La fiesta del Monstruo". El narrador, queda dicho, es un militante peronista. Le narra a su novia, Nelly, los avatares de una jornada en la que irán a la plaza a escuchar un discurso del Monstruo, nombre que, en el cuento, se le da a Perón. "Te prevengo, Nelly, que fue una jornada cívica en forma." La noche anterior el "muchacho" descansa como se debe: "Cuando por fin me enrosqué en la cucha, yo registraba tal cansancio en los pieses que al inmediato capté que el sueñito reparador ya era de los míos. (...) No pensaba más que en el Monstruo, y que al otro día lo vería sonreírse y hablar como el gran laburante argentino que es". (Borges intenta recrear el lenguaje popular pero se acerca más a Catita que a los obreros peronistas.) En suma, hay que ir a la Plaza: "Hombro con hombro con los compañeros de brecha, no quise restar mi concurso a la masa coral que despachaba a todo pulmón la marchita del Monstruo. (...) No me cansaba de pensar que toda esa muchachada moderna y sana pensaba en todo como yo. (...) Todos éramos argentinos, todos de corta edad, todos del Sur". Otra vez la presencia del Sur como el territorio de la barbarie. Pero éste no es el Sur de Juan Dahlmann, el Sur en que Dahlmann descubre que el coraje es superior al miedo y la enfermedad, que el Sur es la llanura, el cielo abierto, la muerte heroica; tampoco es el Sur en que Narciso Laprida descubre su destino sudamericano, un destino que se trama entre los libros, los cánones y la intimidad del cuchillo bárbaro, es otro Sur. Es el Sur del odio clasista. Un Sur absolutamente irrecuperable para Borges. Un Sur injuriado por la jauría fiel y desastrada del Monstruo.

El Sur de los muchachos que marchan hacia la Plaza. De pronto, dice el narrador a Nelly, encuentran un inconveniente: "hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba". A este "sinagoga" los muchachos del Monstruo lo dejan seguir; tal vez por la barba. "Pero no se escurrió tan fácil otro de formato menor, más manuable, más práctico, de manejo más ágil." ¿Cómo es este sinagoga? Sólo los panfletos del Reich habrán ofrecido una descripción tan horrenda de un judío (pero éste era el propósito de Borges: ya que el Monstruo era, sin más, nazi, nazis debían ser sus adictos, o comportarse como tales): "Era un miserable cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado, los libros, bajo el brazo y de estudio". El "sinagoga" es algo torpe: "Se registró como un distraído, que cuasi se llevaba por delante a nuestro abanderado, el Spátola". Los muchachos le exhiben la figura del Monstruo: "Bonfirraro le dijo al rusovita que mostrara un cachito más de respeto a la opinión ajena, señor, y saludara la figura del Monstruo". (El símil con *El matadero* es clarísimo: también, la "chusma del Restaurador" le exige al unitario el uso de la divisa punzó, que éste, con valentía y soberbia, abomina.) El "sinagoga" se niega: "El otro contestó con el despropósito que él también tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones lo cansan, lo arrempujó con una mano. (...) Lo rempujó a un terreno baldío, de esos que el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento, y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una pared sensa finestra ni ventana". Así, "el pobre quimicointas" queda acorralado. Lo que sigue es un despiadado asesinato callejero. Tal como el unitario de Echeverría era aniquilado por los federales del Matadero, el judío de Borges cae destrozado por los muchachos de Perón. "El primer cascotazo (...) le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con un cascote que le aplasté una oreja y ya perdí la cuenta de los impactos porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanadas de Monserrat se cayó porque ya estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un poco más con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. (...) Presto, gordeta, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. (...) Nos puso en forma para lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas lo escucharon, gordeta, mismo como todo el país, porque el discurso se transmite en cadena" (cfr. *Ficcionario*, ed. cit., pp. 259/269).

"¡PERO ESE CONCURSO LO ORGANIZAN LOS COMUNISTAS!"

Por desdicha, las opciones políticas de Borges fueron impulsadas por el odio unidimensional, racial y clasista, de "La fiesta del Monstruo" y no por las honduras conceptuales del "Poema conjetural". Si no hubiese sido así, escasamente habría adherido, como lo hizo, a las dictaduras militares que devastaron nuestro país. Sobre todo a la más horrenda, la de Videla. Si no hubiese sido así, el Premio Nobel, como lo deseaba, habría sido suyo. O no se le habría tornado imposible, no por el cuento "La fiesta del Monstruo", sino por las consecuencias del odio que latía en él: adherir a Videla (cuando buscó diferenciarse –porque se



lo dijeron– era tarde) y haber aceptado una condecoración de Pinochet, un glorioso combatiente anticomunista, a quienes los hombres de *Sur* admiraban al abominar rabiosamente del comunismo. Hemos mencionado ya los casos de expulsión del ámbito de la cultura ocampista que sufrieron Bianco y Martínez Estrada. Para colmo, cuando Borges acepta la condecoración del matarife chileno se le ocurre acudir a su ingenio, frondoso sin duda, y declara que admira a Chile porque tiene la forma de una espada. Así, del Nobel, olvidarse, Georgie. Esa gente piensa de otro modo, la juega distinto, no premia a fascistas ni a tontos. Algunos se indignarán que uno le diga "tonto" a Borges. Me refiero al ámbito político. Cierta vez, hace muchos años, entraba yo en el edificio de Filosofía y Letras de Viamonte 430 y lo veo venir a Borges conversando con una dama, esas de las que solía rodearse. Recuerdo lo que dijo, el tono de su voz, el miedo de señora gorda, la paranoia de pequeño macartista, cuando pasó a mi lado y le dijo a su acompañante: "¡Pero ese concurso lo organizan los comunistas!". Había un concurso literario durante esos días y lo organizaba el Cefyl, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras que eran, en efecto, comunistas y muy antiperonistas, algo que a Borges no le solucionaba el problema, porque, para él, se trataba de ser las dos cosas: anticomunista y antiperonista. Siempre hubo cierta confusión en sus opciones políticas. Porque tampoco era democrático. "La democracia es un vicio de la estadística" es una de sus frases más conocidas y es, también, muy ingeniosa. Después está la otra, que tanto ha seducido a los bobos que se arrojan incondicionalmente a sus pies: que se afilió al Partido Conservador por escepticismo, algo así. Pero será en un pasaje de *El Libro de Arena* donde nos entregará, digamos, su módica *filosofía de la historia*. El cuento se llama "El otro", tema recurrente en Borges, y es él, ante un espejo suyo, el que dice: "En lo que se refiere a la historia... Hubo otra guerra, casi entre los mismos antagonistas. Francia no tardó en capitular; Inglaterra y América libraron contra un dictador alemán, que se llamaba Hitler, la cíclica batalla de Waterloo. Buenos Aires, hacia 1946, engendró otro Rosas. (...) El '55, la provincia de Córdoba nos salvó, como antes Entre Ríos. Ahora las cosas andan mal. Rusia está apoderándose del planeta; América, trabada por la superstición de la democracia, no se resuelve a ser un imperio. Cada día que pasa nuestro país es más provinciano. Más provinciano y más engreído, como si cerrara los ojos. No me sorprendería que la enseñanza del latín fuera reemplazada por la del guaraní" (Jorge Luis Borges, *Obras completas*, tomo III, Emecé, 1996, p. 15). Es un texto muy rico, Están todas las obsesiones políticas de Borges. Yo, lo juro, le creo todo porque, ese día, en Viamonte 430, cuando le escuché decir, con aire de viejo oligarca preocupado, de propietario medroso, que "ese concurso lo organizan los comunistas", supe, para siempre, que ese gran escritor era también un hombre tramado por temores banales, por las tilinguerías de su clase, por la admoniciones de su madre omnipresente, por la ideología macartista del grupo *Sur*, de cuyos miembros, uno, Victoria, tenía mucho más carácter que él. A él lo asustaban los comunistas. Ella los hubiera metido presos. O hacía algo similar: los echaba de la revista. Volviendo a su *Weltanschauung* notaremos que cree en una visión cíclica de la historia: la batalla de Waterloo se repite de tanto en tanto. Esa visión cíclica cualquiera puede sostenerla, si lo desea, pero no hay modo serio de fundarla. Son esos artilugios bonitos de Georgie de los que tuvo la fortuna que se enamoraran los escritores europeos. Algunos son fascinantes, otros no, son simplemente los balbuceos de un hombre que ignora acerca de qué habla, aunque lo haga con ingenio. Niega la democracia: es bueno que lo sepan quienes deben saberlo. Le pide a "América" (¡cómo no iba Georgie a decir "América" a los Estados Unidos!, nos acusaría de "indigenistas" si le dijéramos que nosotros decimos "Norteamérica", o también de "bolcheviques") que se transforme en un imperio. Hoy estaría satisfecho comprobando que eso ha ocurrido. Además, cuando él escribe o publica su *El Libro de Arena*, "América" era un imperio hacía ya mucho tiempo. Pero un hombre asustado a tal punto por el comunismo nunca se siente protegido si el país que está al frente de su lucha no extrema sus elecciones, no arriesga todo su arsenal. Sigamos: que Buenos Aires haya engendrado otro Rosas es el lenguaje y la ideología de la Libertadora, de la cual Borges es un hijo directo. Cuando se discuten los fusilamientos del '56 habrá de decir: "Todos hablan de los fusilamientos, pero nadie de las torturas". Como si las torturas del régimen peronista justificaran los fusilamientos. El, por su parte, ignoraba las torturas de la Libertadora. Ver en Perón una encarnación de Rosas es también incurrir en esa visión cíclica de la historia. Y en el clásico sonsonete ultragorila de la *segunda tiranía.* Pero hay algo que lo aleja a Borges de sus preocupaciones acerca del peronismo. Hay algo a lo que le teme aún más. Sí, Georgie, es cierto, es posible: "¡Usted puede ser el próximo!", como grita y advierte Kevin McCarthy en la *Invasión de los usurpadores de cuerpos*. "Las cosas andan mal", preocupado, dice. "Rusia está apoderándose del planeta." Georgie habría visto *Los boinas verdes*, el film de John Wayne de 1968. Creo que se trata de una inferencia indubitable, apodíctica. Pues esa es la película que Wayne hizo sobre Vietnam y en la que, todo el tiempo, dice que los rojos están ahí, en esas selvas húmedas, impenetrables, para apoderarse del planeta. ¡John Wayne piensa lo mismo que Borges! El brutazo de Wayne comparte sus ideas con el exquisito poeta de los laberintos, de los espejos, de las simetrías y de los países con forma de sable. Voy a citar un texto sobre John Wayne. Es parte de una novela mía que está sin editar porque aún no ha llegado su momento. Está escrita y hablada un poco en el lenguaje de traducción de los pulp fiction y su protagonista es Joe Carter, de quien he publicado algunos cuentos o citas en este diario. Aquí, Carter relata una escena de *Los boinas verdes* que los comandantes de la guerra contra el Vietcong le han hecho ver a él y a sus compañeros. He aquí el texto:

"Sólo algo me interesó. Ese gran actor, ese buenazo de David Janssen, tú sabes, el que hace al doctor Richard Kimble en la serie *El fugitivo*, el inocente acusado de un crimen que no cometió y es perseguido hasta el fin por ese odioso policía de Gerard, en fin, ése, David Janssen, le pregunta al *Duke* qué tenemos que hacer en Vietnam los americanos. Qué hombre paciente es el gran Duke. Pues yo le descerrajo tres tiros ahí mismo. Dejémoslo pasar. El periodista insiste: por qué nuestros muchachos, dice, tienen que ir a morir a ese suelo remoto, tan lejos de la patria. Y concluye: '¿Es esa guerra nuestra o se trata solamente de un conflicto entre vietnamitas?'. Obtuvo lo que buscaba el muy cretino. El sargento que está junto a Wayne arroja sobre una mesa (tan cercana al pobre Janssen que casi se la tira encima) una caja de balas secuestradas al enemigo. Y grita:

–¡Yo le diré al amigo periodista por qué estamos en Vietnam! ¿Ve estas balas? ¡Son checoslovacas! –Luego le tira una enorme ametralladora–. ¡Es de fabricación china! –Le tira un fusil desme-

dido. Nunca vi algo así. Menos aún se lo vi a un Charlie–. ¡Es de fabricación soviética! –Se planta sobre sus dos piernas separadas y pone sus manos en la cintura, satisfecho. Y dice–: ¿Qué hacemos en Vietnam? ¡Nos defendemos contra el intento comunista de apoderarse del mundo!

¡Oh, mi Dios! ¡Cómo aplaudieron aquí nuestros muchachos! ¡Dales duro, Duke!, gritaban. ¡Bravo por ese sargento! ¡Nos quieren quitar todo! Algún gracioso gritó: "¡El mundo es nuestro, no de los comunistas!". O quizá no fue un gracioso, fue un patriota" (JPF, *Carter en Vietnam*, novela inédita).

Borges, en su libro de 1975, está tan preocupado como Wayne. Pero ya lo estaba en 1963, fecha en la que me crucé con él justo en la venerable entrada de Viamonte 430. Lo juro: era la voz de uno de esos personajes asustados de la oligarquía que provocan nuestra risa cuando se les destina el chiste, ya muy viejo pero no por eso menos real, sobre el comunismo y la estancia: "Si viene el comunismo, yo me voy a la estancia". "Pero (su voz balbuceante acentuó el cariz de temor que la frase conllevaba) ese concurso lo organizan los comunistas". En el número 273 de *Sur* habrá de publicar un poema dedicado a Sarmiento. La revista lo presenta en su página de apertura, donde aparece la palabra *Sur*, en el número noviembre-diciembre de 1961. Todas sus opciones políticas están ahí, más una adhesión que atraviesa los años y ancla en el gran sanjuanino, que les pertenece a ellos, a las clases dominantes de la Argentina, pues ha sido su Mariscal Bougeaud, el vencedor de la barbarie.

EL POEMA A SARMIENTO

Es así:

No lo abruman el mármol y la gloria.
Nuestra asidua retórica no lima
Su áspera realidad. Las aclamadas
Fechas de centenarios y de fastos
No hacen que este hombre solitario sea
Menos que un hombre. No es un eco antiguo
Que la cóncava fama multiplica
O, como éste o aquél, un blanco símbolo
Que pueden manejar las dictaduras
Es él. Es el testigo de la patria,
El que nuestra infamia y nuestra gloria,
La luz de Mayo y el horror de Rosas
Y el otro horror y los secretos días
Del minucioso porvenir. Es alguien
Que sigue odiando, amando y combatiendo.
Sé que en aquellas albas de setiembre
Que nadie olvidará y que nadie puede
Contar, lo hemos sentido. Su obstinado
Amor quiere salvarnos. Noche y día
Camina entre los hombres, que le pagan
(Porque no ha muerto) su jornal de injurias
O de veneraciones. Abstraído
En su larga visión como en un mágico
Cristal que a un tiempo encierra las tres caras
Del tiempo que es después, antes, ahora,
Sarmiento el soñador sigue soñándonos.

El poema concluye en la página 2 de la revista y, a su pie, en mayúsculas, el lustroso nombre de su autor: Jorge Luis Borges. Se trata del poema de la Libertadora, escrito seis años más tarde. Pero Borges, siempre, habrá de ser un hombre de la Libertadora. Tal vez su idea más valiosa sea la última: Que alguien está vivo en tanto existan quienes lo injurian. Por lo demás, repite sus lugares comunes. Sarmiento, dice, es inmanejable por las dictaduras. (*Nota al pie*: Falso: vimos que el peronismo lo puso en todos los libros de lectura. Que no lo usó de ariete, pero no cesó en su culto, en su adoración. Porque, en esos tan aborrecidos libros de lectura, lo aborrecible era que no se transgredía nada, que sólo se incurría en la exaltación de las figuras casi santas de Perón y Evita y en las realizaciones del régimen, el cual, con esta clase de libros compulsivamente impuestos, se constituía, en efecto, en un régimen, pero no para cambiar una visión de la historia. Cuando una dictadura impone una nueva visión de la historia niega las otras y quema sus libros. Por eso el nazismo quemó libros. Perón no. Añadió al viejo y consagrado panteón oligárquico el panteón peronista. Una revolución lo habría reemplazado. De modo que sólo se incurrió en un personalismo propagandístico que alcanzó, de todos modos, para irritar a los sectores de poder de la Argentina. Que son excesivamente irritables. Por lo cual una medida no puede ser juzgada como revolucionaria a partir de la abominación de unas clases dominantes que jamás estuvieron dispuestas a cambiar nada. Sólo le dejaron a Menem traerlo a Rosas e imprimir los billetes de veinte pesos. Pero a cambio de hacer los más formidables negocios de su historia, sólo comparable a la masiva apropiación de las tierras bajo Roca.) Que Sarmiento fue el horror de Rosas. Lo que le permite hablar del "otro horror". Y confesar que: "En aquellas albas de setiembre lo hemos sentido". Qué gorilada más boba: ¡Oh, sí, pensaban en Sarmiento los hombres del Almirante Rojas! Pensaban en el campeón de la enseñanza laica, en el ideólogo de la ley 1420 los nacionalistas católicos de Lonardi. A las "albas de setiembre" nadie las olvidará ni nadie las podrá contar. No parece haber sido así. Casi no hay quien no las haya contado. Y, a esta altura de los hechos, no parecieran tener ese carácter cuasi místico, totalmente inefable que Borges quiere darles. En cuanto a ese final del Sarmiento soñador que sigue soñándonos tomarlo en serio sería excesivo. ¿Habrá sido la Libertadora parte del sueño civilizatorio de Sarmiento? Claro que sí: es lo que piensa Borges. El poema a Sarmiento cubre esa finalidad. Unir al guerrero que batió a las hordas bárbaras del siglo XIX y enfrentó a Rosas con los héroes que derrocaron la tiranía del siglo XX, bárbara también, enemiga de la Civilización, de los libros, de las clases de linaje. Si Sarmiento el soñador sigue soñándonos es porque la Libertadora es una prolongación de sus sueños, una herida en el corazón de la barbarie que él derrotó. Somos parte del sueño de Sarmiento. Seamos chicaneros: las bombas del 16 de junio de 1955 son también parte del sueño de Sarmiento. Del mismo sueño: el que soñó la decapitación de Peñaloza. Ese Sarmiento siempre nos seguirá soñando. No estamos siendo chicaneros. Es así: Borges no lo dijo, pero sin duda también lo sintió así el 24 de marzo de 1976. También ahí lo sintió a Sarmiento. También ahí una nueva barbarie estaba injuriando en el país a aquellos a los que sólo respeto se les debe. Acaso haya sido Videla también un sueño del soñador Sarmiento. Todo esto es pésima ideología y peor literatura, porque el tema del soñador que es soñado por Otro es tan abusivo en Borges que uno lamenta volver a encontrarlo. Digamos que repetía sus recursos.

Supongo que alguien pensara que se le está faltando excesivamente el respeto a nuestro gran escritor nacional. No, yo lo respeto a Borges. Mi primera novela toma algunos de sus temas predilectos: el del Otro, sobre todo. Pero si me preguntan qué opino de este poema a Sarmiento confieso que me parece más que endeble. No carece del tono pomposo y patético del acto escolar: "Es él. Es el testigo de la patria". Y luego, lo de siempre: ¿hasta cuándo dejaremos sin señalar los adjetivos de Borges? Sé que alguno dirá: "Es el colmo. Sólo le faltaba decir que Borges no escribe bien y ya lo está diciendo". Supongamos que meramente me remito a este poema. Acaso se me permita señalar un par de cosas. "Acaso", por otra parte, es un giro hipotético borgeano, sinónimo del adverbio "quizá". Uno lo usa y ya le dicen que está plagiando a Borges. Borges pareciera ser un terrateniente del lenguaje. Palabra que él usó, palabra que es suya. Conjetura, argüir, rencor, espejo, laberinto, unánime. Ha llegado, así, a escribir, sobre todo cuando antecede el sustantivo por un adjetivo antojadizo o "borgeano", cosas horribles como: "unánime noche". Pero si uno escribe "unánime" está plagiando a Borges. Como si escribe "acaso" o "conjeturó". Volvamos al poema a Sarmiento. La adjetivación de Borges es agobiante y reitera su mecanismo: adjetivo-sustantivo, adjetivo-sustantivo, adjetivo-sustantivo. Echemos una rápida mirada al poema: "asidua retórica", "áspera realidad", "aclamadas fechas", "cóncava fama", "blanco símbolo", "secretos días", "minucioso porvenir", "obstinado amor", "larga visión", "mágico cristal" y hasta aquí llegamos porque hasta aquí llega el poema. Los escritores argentinos, advertidos de este mecanismo del padre del estilo, han invertido –con relevantes resultados– el mecanismo. Raramente anteceden al sustantivo de un adjetivo, sino al revés. Observemos hasta qué punto pierden su aire de poema escolar las palabras adjetivadas por Borges si les aplicamos este recurso: "retórica asidua" no es lo mismo que "asidua retórica". "Símbolo blanco" no es lo mismo que "blanco símbolo". Pero creo que es sobre todo en "obstinado amor" donde la deriva hacia otra acentuación es más notoria. "Obstinado amor" da novela rosa, folletín, novelita de los años veinte. "Amor obstinado" bien puede ser parte de una tragedia. Un "obstinado amor" señala la permanencia de un sentimiento cálido que persevera en su ser, para decirlo con Parménides. Un "obstinado amor" es una tierna exaltación del alma, el exceso de un corazón que busca entregarse sin condiciones. Por el contrario, un "amor obstinado" bien puede mentar los celos de Otelo. Un "amor obstinado" puede llevar a la paranoia. A la posesión enfermiza. Y hasta al crimen. No puedo continuar con esto aquí. Se sabe que exagera las enumeraciones. Y que repite sus adjetivos: en una página puede escribir "inagotable llanura" y en la otra "innumerable llanura". También, admirablemente, puede iniciar un cuento con la frase: "Una cicatriz rencorosa le cruzaba la cara". Pero aquí no ha escrito una "rencorosa cicatriz" sino "cicatriz rencorosa", de ahí el efecto poderoso de la frase. Como sea, todos lo sabemos: un gran escritor. Pero no un dios. Los dioses no pertenecen a la literatura. Ni a la historia. Se conoce la frase que Heidegger, hundido en la desesperación por el triunfo de la técnica planetaria, dice en el reportaje de *Der Spiegel*: "Sólo un dios puede salvarnos". Pero ese dios pertenecía al universo de la mística o a las tramas de la filosofía zen, espacios de los que nada puedo decir. Y en los que nunca pude penetrar. Como la gran mayoría de las personas de este mundo sin Dios y con infinidad de dioses invocados e inventados por esa certidumbre que el hombre pareciera no poder tolerar: la certidumbre de la gran ausencia, la certidumbre del silencio de Dios o, peor aún, la que nos dice que ese silencio es el de su inexistencia, el de su irrelevancia o el de su total desinterés.

PRÓXIMO DOMINGO

Documentos de la Libertadora